

LUMINARIAS Y VICTORIAS: LA HERENCIA CLÁSICA DE UN CONOCIDO EPISODIO DE LA VIDA DEL GRAN CAPITÁN

Antonio C. Ledo Caballero

Universitat de València

Resumen: La figura literaria de Gonzalo Fernández de Córdoba, uno de los grandes militares de su época, se construye en buena medida a partir de modelos procedentes de la literatura clásica. En este artículo nos centraremos en una célebre frase que según diversas obras pronunció con ocasión de un incidente ocurrido durante la batalla de Ceriñola, e intentaremos determinar qué pasajes de las fuentes antiguas pudieron servir de inspiración.

Palabras clave: Gran Capitán, Ceriñola, presagios, luz como *omen*.

Abstract: The literary figure of Gonzalo Fernández de Córdoba, one of the great military of his time, is built largely from models from classical literature. In this article we will focus on a famous phrase that, according to various works, delivered on the occasion of an incident during the battle of Cerignola, and try to determine what passages of the ancient sources might serve as inspiration.

Key words: Gran Capitán, Cerignola, portents, light as *omen*.

Has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos (El Quijote, 2ª parte, cap. 58).

En su conocida obra *La cultura del Renacimiento en Italia*, el historiador suizo Jacob Burckhardt consideraba que las condiciones especiales de la Italia de finales del siglo XIV y principios del XV alentaron la aparición de los fundamentos de la cultura renacentista: una sociedad laica que vuelve los ojos hacia su glorioso pasado grecolatino y en la que, en buena medida como oposición al escolasticismo y hacia un poder eclesiástico omnímodo y omnipresente, surge un sentido de la individualidad que podemos considerar moderno¹. Pero el Renacimiento no hubiera sido posible sin la expansión de las ideas pro-

¹ “Y es este velo el que levanta el viento de los cambios por vez primera en Italia (...). Y a su lado, y con el mismo ímpetu, se levanta también lo subjetivo; de modo que el hombre se convierte en individuo provisto de un espíritu y se reconoce a sí mismo como tal” (1992, 141). “Pero es en el siglo XIV cuando se observa claramente por vez primera lo grande y extendido del amor italiano por el mundo antiguo, pues para ello fue primero necesario que el desarrollo de la vida metropolitana alcanzara cierto grado de desarrollo (...), cuando nobles y burgueses convivieron realmente alcanzando una especie de igualdad (...). Pero las bases de esta cultura no podían pasar de golpe del quimérico mundo medieval, del que querían librarse (...), sino que antes necesitaban de una guía; y como tal se ofreció la Antigüedad clásica con toda su carga de verdades objetivas y orientativas para todos los sectores intelectuales” (ibídem, 174).

pías del humanismo, un movimiento cultural que se considera iniciado a partir de la obra de Petrarca y que, entre otros aspectos, trae consigo un afán por conocer a los autores latinos y griegos sin precedentes en los siglos del Medievo. Las numerosas traducciones y comentarios que aparecerán a partir del siglo XV, considerado como una auténtica época dorada en este sentido (Roca, 2010, 14), el descubrimiento de nuevos manuscritos, los importantes avances en la metodología exegética y la necesidad sentida por depurar los “barbarismos” que se habían introducido en la transmisión manuscrita medieval, implican ahora no al estamento que tradicionalmente se había interesado por la cultura, sino a un sector más amplio y mejor formado en comparación con la etapa anterior. Todos estos factores impulsaron a su vez una importante mutación, que se deja sentir tanto en los ambientes universitarios como en los cortesanos o cancillerescos, del papel de los intelectuales; estos pasan ahora a disfrutar de un prestigio social que los convertirá en un factor fundamental en la gestión y en la justificación del poder político (Capelli, 2007, 12-14).

Pero el objetivo de este trabajo no es el de indagar en este proceso de transformación, en esta *rinascità*, por utilizar el término acuñado por Giorgio Vasari en 1550 para definirlo (Rallo, 2007, 10), sino el de aplicar alguno de los principios del cambio al que hacíamos referencia en el párrafo precedente al análisis de un episodio de la vida de Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), conocido también con el sobrenombre de *El Gran Capitán*. Sirvan también estas líneas, que no harán sino incidir en la estrecha relación entre la Antigüedad y la Edad Moderna, como sencillo homenaje a dos entrañables compañeros, M^a Paz García-Gelabert y Manuel Ardit Lucas, que dedicaron su vida profesional al estudio, y a su correlato docente, de estas dos etapas de la historia de la humanidad.

La trayectoria vital del Gran Capitán puede considerarse como un exponente perfecto del tiempo que le tocó vivir (Hernando, 2003, 229-231), y las múltiples obras que se ocuparon bien de su biografía, bien de los múltiples dichos y hechos que se le atribuyeron, aparecen repletas de referencias más o menos explícitas a esa antigüedad tan admirada (especialmente elocuente Sánchez García, 2007, 19-42). Pero hasta donde alcanza nuestro conocimiento, nadie a día de hoy había reparado en la relación entre una de sus más celebradas anécdotas, cuya fama sólo parece ceder ante las conocidas cuentas que nuestro ilustre militar se vio obligado a presentar al Rey Católico, con varios pasajes de la literatura antigua. Demostrar esa dependencia va a ser el objetivo hacia el que dirigiremos estas páginas.

Al atardecer del 28 de abril de 1503 se iniciaba la que después se conocería como batalla de Ceriñola (*Chirinola* en las crónicas). El episodio bélico, si bien no especialmente reseñable por la importancia de los ejércitos que en él contendieron, se ha considerado como el inicio de una nueva época en la historia militar, la del predominio de la infantería, dotada ahora de armas de fuego relativamente eficaces, sobre la caballería (Losada, 2004, 147). Pero no son estos los aspectos que más nos interesa destacar en este momento. Según las diversas crónicas que dan cuenta de la batalla, al poco de iniciarse esta, una explosión accidental privó de pólvora a la artillería española. La reacción del Gran Capitán cuando supo del suceso fue considerarlo como parte de los festejos que iban a celebrar el inminente triunfo sobre los franceses. Son las famosas *luminarias de la victoria*.

El episodio fue recogido en distintas obras, y como quiera que cada una ofrece una versión sensiblemente distinta al resto, está plenamente justificado que nos detengamos en el tenor literal de algunas de ellas.

Comenzaremos por el relato más pormenorizado del suceso, el recogido en la llamada *Crónica General*². La obra, cuyo autor permanece en el anonimato a pesar de varios intentos por desvelar su identidad (Flores, 2003, 331 s.), se publicó por vez primera en Zaragoza en 1554, conociendo viarias ediciones en los años sucesivos. La que vio la luz en Alcalá de Henares en 1584 es la que aparece en el meritorio trabajo recopilatorio de Antonio Rodríguez Villa (1908, 1-259), de donde procede el fragmento que transcribimos a continuación. Como ya hemos comentado, ofrece la versión más extensa y detallada del episodio y en ella se mezclan a partes iguales la acción de la providencia con la fatalidad de un desgraciado accidente; en ningún momento, a diferencia de otras versiones, se deja entrever la posibilidad de un sabotaje:

Pues estando en este tirar de artillería, quiso Nuestro Señor mostrar un gran misterio en aquel día por los españoles, y fué con acaecimiento de un gran desastre al parecer en el ejército español, que por ser digno de memoria se escribe, por razón del peligro en que á esta causa el campo español creía ser puesto, y fue así. Que un lombardero queriendo cargar un cañón, se le cayó de una bota, en el suelo, un rastro de de pólvora de las carretas do venía la munición. Allegó el rastro hasta donde el cañón se había de cebar, y queriendo el artillero poner fuego al cañón sopló la mecha y saltó una centella en el suelo, donde desde el rastro de la pólvora fue el fuego adelante hasta dar en la bota. Encendida la bota saltó de ella en los carros de munición, por manera que en el tiempo de la mayor necesidad que tenían de la artillería fué Nuestro Señor servido de se la quitar, para les dar cumplidamente el triunfo y victoria, y de esta manera se quemó toda la pólvora y munición que en el ejército español había, que no quedó tan solamente un polvo de ella. Gran tristeza puso en los españoles este hecho, porque á la verdad siendo ellos tan desiguales en número con los franceses, hacíaes muy gran falta la artillería, y los franceses cobraban ánimo y, por el contrario, los españoles lo perdían. A esta sazón el Gran Capitán que en las mayores necesidades siempre hallaron su ánimo y corazón muy entero y lleno de todo esfuerzo, como vido la pólvora quemada y que su gente perdía el ánimo y enflaquecida en fuerzas, las cuales á la sazón eran bien necesarias, comenzólos de animar diciendo: “Ea, amigos y compañeros míos, no os alteréis por lo que habéis visto, que sed ciertos que estas son las luminarias y mensajeros de nuestra victoria; por tanto, cúmplase la falta de la artillería con el poder de nuestro corazón y ánimo invencible” (Rodríguez Villa, 1908, 159 s).

La segunda de las obras en la que nos detendremos es la conocida como *Crónica Manuscrita* (Rodríguez Villa, 1908, 260-470)³, que comparte con la anterior la incógnita respecto a su autoría; y aunque se han lanzado varias propuestas en este sentido (Ponferrada, 1989, 41; Garramiola, 2002, 212), lo poco que puede decirse es que cabe atribuirla a alguien que acompañó al Gran Capitán por Italia y en su último viaje a España, habiéndose especulado, a la vista de los ejemplos y textos latinos a los que hace referencia, con que se tratara de alguno de sus capellanes o de los servidores más íntimos que le siguieron hasta

² Así es conocida la obra titulada *Crónica llamada Las dos Conquistas del Reyno de Nápoles, donde se cuentan las altas y heroycas virtudes del serenísimo príncipe Rey don Alonso de Aragón, con los hechos y hazañas maravillosas que en paz y en guerra hizo el gran Capitan Gonçalo Hernandez de Aguilar y de Cordoba...* (Rodríguez Villa [ed.], 1908, p. II).

³ El título completo que figura en el primer folio del manuscrito es el de *Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y de las guerras que hizo en Italia* (Rodríguez Villa, 1908, 260).

el retiro final de Loja (Rodríguez Villa, 1908, p. IV; Flores, 2003, 332). Lo que también parece claro es que el autor debió consultar la *Crónica General* (Rodríguez Villa, p. IV; Palos, 2010, 195), lo que no fue obstáculo para que su versión del episodio resultara mucho más breve; en ella se hace hincapié en el reconocimiento por parte del comandante español de que fue la mano de Dios la que hizo explosionar la pólvora:

Encomenzando el Conde de Nochito y Diego de Vera á jugar con nuestra artillería y hacelles mucho daño, se prendió, que solo un cañón pedrero quedó atacado, que toda la otra pólvora se quemó. Allegó luego al Gran Capitán Leonardo Alejo muy espantado y dijo: “Ah, señor, y qué gran mal nos ha venido, que la pólvora se ha prendido y se ha quemado toda”. Esto decía con gran sentimiento. Al cual respondió el Gran Capitán con cara muy alegre: “¡Oh qué buenas nuevas! Ninguna cosa pudiera oír á esta sazón con que más me alegrara, porque el día se acaba y nos ha de alumbrar la pólvora. Sabed que son lumbreras de nuestra victoria, la cual tengo agora por más cierta; porque habéis de saber que Dios, sabidor de todas las cosas, muestra muchas dellas antes que vengan, y con fuego muestra cuando han de ser prósperas. El fuego siempre significa victoria” (Rodríguez Villa, 1908, 368).

Por paradójico que pueda resultar, aunque no por ello deja de ser sintomático, la versión más reducida del episodio que nos ocupa aparece en la más temprana de las tres crónicas que vamos a considerar en este trabajo. Se trata de la *De vita et rebus gestis Consalvi Ferdinandi Cordubae cognomento Magnis* que, como parte de un compendio biográfico más general titulado *Illustrium virorum vitae*, compuso Paolo Giovio, renombrado humanista y por aquel entonces obispo de Nócera. La obra es editada por primera vez en Florencia en 1549⁴, aunque su origen hay que remontarlo a 1525, año en el que Luis Fernández de Córdoba, II duque de Sessa, encarga la composición de una vida de su ilustre pariente al que todavía no era sino el médico personal del futuro Clemente VII⁵.

La versión en italiano de la obra de Giovio, surgida de la mano de Ludovico Domenichi, fue publicada en Florencia en 1550 con el título de *Vita di Consalvo Fernando di Cordova, detto Il Gran Capitano* (Zimmermann, 1995, 230). Como era de esperar, la versión española no tardó en aparecer, y ya en 1553 Pedro Blas Torrellas daba a la imprenta en Zaragoza su *Libro de la vida y Chronica de Gonçalo Hernandes de Cordoba, llamado por sobrenombre el Gran Capitan*. Su trabajo ve una segunda edición también en Zaragoza al año siguiente, así como otras dos en Amberes en 1555 (Sánchez García, 2007, 39); de una de estas últimas transcribimos las líneas dedicadas al suceso del que venimos hablando:

El Gran Capitan mando que se cargasse y se desparasse otra vez. Leonardo Alexo le dixo con vn espanto temeroso: todos los barriles dela poluora a caso o a traycion se han encendido. El Gran Capitan no mostrando espanto por tal nueua le respondió, yo tengo este por buen aguero, que ninguno me pudiera venir mejor pues he visto la lumbr de la victoria que viene, no fue vano este aguero (Torrellas, 1555, II, fol. 70 r).

⁴ Vid. Zimmermann, 1995, 230 y 289. Algunos autores, sin embargo, datan su primera edición en 1547 (Sánchez García, 2007, 39).

⁵ Zimmermann, 1995, 65; en esta misma obra se afirma que cuando Giovio recibió la visita del Duque de Sessa, *a Spanish chronicle had already been compiled* (ibídem, 310, nota 30).

Referencias al episodio de las luminarias de Ceriñola aparecen también en varios de los títulos que forman parte de un subgénero literario que evidencia como pocos el papel de modelo de la literatura antigua al que aludíamos en líneas anteriores. Hablamos de lo que se conoce como literatura paremiológica, pero también como apotegmática debido a los *apophthegmata* o sentencias breves atribuidas personajes ilustres que recoge. Estos dichos memorables se recopilaron en una serie de antologías o inventarios de los que se ha dicho que recuperaron la faceta más vital y atractiva del mundo antiguo, al tiempo que facilitaron la emulación de las grandes figuras de la antigüedad (Rallo, 2007, 191). Difundidas extraordinariamente merced a la aparición de la imprenta, estas colecciones se convirtieron durante el humanismo en un recurso especialmente adecuado para intercalar una nota erudita en cualquier obra escrita o discurso que se preciara de tal (Morales, 2000, 224). Entre los principales referentes antiguos de esta literatura apotegmática es necesario destacar el nombre de Valerio Máximo y sus *Dictorum factorumque memorabilium libri IX* (también conocidos como *Dicta et facta memorabilia*), así como la obra de Plutarco, muy especialmente sus relatos breves de carácter filosófico y moral conocidos con el título genérico de *Moralia* a partir de la recopilación que en el siglo XIII realizara el monje bizantino Planudes (Pomer-Sales, 2005, 78 s.). Del ascendente que tuvieron estas obras dan fe la talla de los humanistas que se implicaron en su estudio y comentario, la relativa abundancia de manuscritos y obras impresas llevadas a cabo en estos años, así como las numerosas traducciones a diversas lenguas nacionales (Morales, 2000, *passim*). Todo ello cristalizó en la publicación de numerosas colecciones cuyos títulos mostraban la más que patente deuda hacia su modelo. Sirvan como ejemplo temprano los *Rerum memorandarum libri* de Petrarca, aparecidos hacia 1350 (Aragüés, 1993, 267), y, ya plenamente en la época que nos ocupa, los *Apophthegmata sive scite dictorum libre sex* de Erasmo de Rotterdam (1531), obra que constituyó la base de la mayoría de las versiones en lenguas vernáculas de la obra plutarquea, mucho más, incluso, que el propio original griego o su versión latina (Morales, 2000, 223 s.; Rallo, 2007, 191 s.).

La literatura apotegmática gozó de una especial relevancia en el Renacimiento español (Rallo, 2007, 195). Uno de sus más acabados ejemplos lo debemos a la pluma de Melchor de Santa Cruz, autor de la *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles* (Toledo, 1574). La huella que en la *Floresta* dejaron los *exempla* de la Antigüedad se hace patente en la repetición de sentencias tan conocidas como la que Heródoto (7. 226) atribuía al espartano Diéneces en relación a las flechas persas y el pelear a la sombra, o el comentario que realizara Livio sobre los galos (10.28.4), si bien transmutados ahora en franceses (Santa Cruz, 1997, 68), cuando afirmaba que *primaque eorum [gallorum] proelia plus quam uirorum, postrema minus quam feminarum esse*⁶. Santa Cruz incluyó en su obra varias máximas atribuidas a Gonzalo Fernández de Córdoba; de algunas de estas se ha subrayado en la edición que hemos consultado⁷ su dependencia respecto a pasajes de Séneca o Suetonio (ibídem, 47, n° 22; 66, n° 5), aunque no ha sido este el caso de la escueta referencia que Santa Cruz dedicó al episodio de las luminarias de Ceriñola (ibídem, 66, n° 8).

⁶ “Al principio de los combates parecían más que hombres y, al final, menos que mujeres”, traducción de J. A. Villar Vidal (1990).

⁷ A cargo de M. P. Cuartero y M. Chevalier, Barcelona, 1997.

Estos *apophthegmata* modernos no hacen sino subrayar el clasicismo que impregnará desde muy pronto la figura literaria de Fernández de Córdoba, de la que se ha dicho que es la primera de la España renacentista alrededor de la cual *se agolpa esa intensa actividad del imaginario colectivo que precede a la elaboración de la leyenda* (Sánchez García, 2007, 19). En términos generales, este gusto por lo clásico se hará especialmente patente, como tendremos ocasión de comprobar, en aquellas obras con un marcado carácter biográfico, en las que aparecerá con toda su fuerza la comparación entre personajes antiguos y modernos y en las que se dejará sentir una especial admiración por Plutarco y Suetonio, cuyos escritos fueron los que conocieron un mayor número de ediciones a lo largo del siglo XVI. De hecho, ya desde la centuria anterior se venía detectando un cambio de tendencia en un género biográfico que, cada vez más alejado de la práctica historiográfica medieval, introducía un sentido humanista y moderno con la presencia directa del autobiografiado mediante sus dichos, discursos o epístolas (Rallo, 2007, 198 s.). Así venía ocurriendo en el panorama literario de nuestro país durante la llamada “relatinización de España”, con obras tan representativas como las vidas colectivas de Mosén Diego de Valera, Fernán Pérez de Guzmán o Hernando del Pulgar (Sánchez García, 2007, 21); en ellas se persigue la exaltación de estas personalidades ejemplares acentuando, *más que la hazaña misma, el ethos del varón admirable a cuya definición se ajustaba la selección de hechos históricos* (Guillén, 1988, 149).

Si bien hemos aludido anteriormente a tres crónicas elaboradas en torno a la figura del Gran Capitán, la primera obra compuesta para alabanza del militar español de la que tenemos noticia fue el poema épico de Giovanni Battista Cantalicio titulado *De bis recepta Parthenope*. Conocido también como *Gonsalvia*, fue publicado en Nápoles en 1506, cuando Gonzalo era todavía virrey de aquel reino. El texto ha sido considerado como exponente de la *mejor cepa humanista romana*, y en él abundan, como no podía ser de otra manera, los ejercicios de *comparatio* entre el Gran Capitán, y también sus más cercanos compañeros, con los grandes guerreros de la antigüedad (Sánchez García, 2007, 25).

Que el poema viera la luz en Nápoles es un dato que tampoco debemos pasar por alto. Esta ciudad ocupó un lugar de privilegio entre los centros culturales del Renacimiento, y el interés de su nobleza por las letras en general ha permitido hablar de la dimensión aristocrática del humanismo napolitano y de su inevitable toma de contacto con la *creciente inquietud por el lenguaje clásico entre la nobleza castellana a través de los intereses de representación alimentados por linajes como el de los Fernández de Córdoba* (Hernando, 2003, 229). De este modo, y pese al rechazo que mostró en alguna ocasión a esos triunfos escenificados en los que la comparación con los más famosos emperadores era inevitable (Rodríguez Villa, 1908, 421; Hernando, 2003, 242), Gonzalo tomó conciencia de la necesidad de emular a la aristocracia napolitana y servirse del lenguaje de la antigüedad para afianzar su prestigio (Hernando, 2003, 245).

A pesar de que la versión en italiano no aparecerá hasta 1595, año en el que Sertorio Quattromani publica *Le Historie delle guerre fatte in Italia da Consalvo Ferrando di Ay-lar, di Cordova, detto il gran Capitano*, la estela dejada por el poema de Cantalicio fue seguida muy pocos años después de su aparición. En 1516 se edita en Roma la obra de Alonso Hernández, protonotario español de la Santa Sede, titulada *Historia parthenopea*. Las coplas de arte mayor en estrofas de ocho versos que componen el poema poseen una mediocridad literaria tal que han dado pie a pensar que existieron razones políticas para su publicación, acaecida pocos meses después de la muerte del Gran Capitán (Sánchez

García, 2007, 28). Aparte de estas cuestiones, lo que interesa destacar ahora es la voluntad declarada desde el principio de la obra de magnificar la figura del insigne militar a partir de ejemplos de la Antigüedad clásica (ibídem, 32).

En suelo español también aparecieron relativamente pronto obras dedicadas a loar la figura del Gran Capitán. Un año antes de su muerte en Granada, aparece en Valencia el *Alcázar Imperial de la Fama del Gran Capitán, la Coronación y las Cuatro Partidas del Mundo* de Alonso Gómez de Figueroa, en el que es constante la comparación del Gran Capitán con los héroes de Babilonia, Troya, Grecia y Roma, figuras que, según el propio poema, *an hecho guerra y cosas estrañas / y grandes vitorias y cosas tamañas / son dignos de fama y todo bien cabe / el gran capitán echo el sello y la llave / con sus marauillas y grandes hazañas* (1951, 61). También en la segunda década del siglo XVI se publica el *Libro de las valencianas lamentaciones*, un poema de cuatrocientas setenta y una octavas que Juan de Narváez dedicó al militar español una vez que ya se había retirado de la corte (Ticknor, 1854,467 s.; Sánchez García, 2007, 33).

Atendiendo a un encargo del emperador Carlos V, Hernán Pérez del Pulgar compuso su *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán* (Rodríguez Villa, 1908, 555-589). La obra, aparecida en Sevilla en 1527 (ibídem, pág. V; Mata, 2002, 499), se centra sobre todo en la participación de su protagonista en la guerra de Granada, pero no por ello ahorra esfuerzos en glosar la semejanza del capitán español y los grandes generales de la antigüedad; podríamos destacar en este sentido la larga comparación con Escipión (Rodríguez Villa, 1908, 587 s.), o las líneas en las que se recuerda que el sobrenombre de *Gran Capitán* se lo otorgaron sus propios enemigos franceses *continuando aquella costumbre de griegos y romanos que con los claros y maravillosos capitanes acostubravan* (ibídem, 578). Pero el párrafo que puede resultar más elocuente es el que reproduce parte del privilegio que del ducado de Sessa otorgó Fernando el Católico a Gonzalo: *E saliendo de la dicha Barleta, distes batalla á vuestros enemigos los franceses, quasi en aquel mismo lugar donde venció Anibal a los romanos [...] y matando los dichos franceses fasta el Garellano, donde los vencistes y despojastes de mucha y buena artillería, señas y vanderas, con aquel sufrimiento de Fabio ditador romano, y con la destreza de Marcelo y presteza de Cesar* (ibídem, 558).

Este ambiente clasicista en el que se desarrolla la figura literaria de Gonzalo Fernández de Córdoba no es exclusivo del género cronístico o biográfico, sino que reaparece en títulos de temática muy diversa. Como ejemplo podemos mencionar el *Arte y Suplimento Re militar* de Francisco de Pedrosa (Nápoles, 1541), donde es continua la analogía entre las técnicas y armas utilizados por el Gran Capitán y las de los antiguos romanos (Hernando, 2003, 254); pero merece especialmente la pena que fijemos nuestra atención en el *Tratado de re militari*, una obra en forma de diálogo cuya primera edición vio la luz en Alcalá de Henares en 1536. Su autor, Diego de Salazar, ha sido considerado como el mejor tratadista militar de su época; y si bien es un detalle importante que hubiera servido a las órdenes del propio Gonzalo de Córdoba en Italia (Flores, 2003, 340), para nosotros reviste mayor interés el matiz nuevo que incluye en su versión del incidente de las luminarias y que nos permitirá empezar a pergeñar su deuda con otros episodios similares referidos en las fuentes antiguas:

Tenían los capitanes antiguos una molestia: de la cual los presentes están casi libres: la cual era que tenían necesidad de interpretar los siniestros agujeros a su propósito,

que si caía un rayo en su ejército, o si se eclipsaba la luna, o el sol, o si venía un terremoto, o si el capitán caía subiendo, o descendiendo del caballo: todo esto era por los guerreros siniestramente interpretado, y engendraba en ellos tanto temor que viniendo a la batalla fácilmente la habrían perdido, y por esto los capitanes antiguos luego que un semejante accidente sucedía, o nacía, o demostraban la ocasión de aquello, o lo reducían a causa natural, o lo interpretaban a su propósito. César desembarcando en África al salir cayó, y dijo. África yo te he tomado, así que de los siniestros agüeros nuestros capitanes no tienen aquel trabajo, porque los de nuestro tiempo no son tan supersticiosos porque nuestra religión totalmente aparta de sí tales opiniones. Con todo cuando ello acaeciese deben imitar la orden antigua, como me fue a mí forzado, cuando dando la batalla cabe la Ciriñola en el Reino de Nápoles a Mosior de Nemurs, capitán del rey de Francia, que se me quemó la pólvora, y me fue forzado decirles por la duda que en ellos conocí, ea amigos que luminarias son de nuestra victoria (de Salazar, 2000, 241 s.).

Como puede comprobarse, el texto es especialmente parco en lo que se refiere a la narración del episodio en sí, pero nos deja a cambio una interesante teorización sobre la habilidad necesaria para todo comandante de *interpretar los siniestros agüeros à su propósito*. Para ello recurre a un auténtico ejercicio de acrobacia dialéctica que intenta armonizar la interpretación que hiciera el Gran Capitán de la explosión de la pólvora con el rechazo explícito de la Iglesia a todo lo que pudiera considerarse como práctica supersticiosa, algo que no debió ser del todo desconocido para un hombre como Gonzalo: en los prolegómenos de la misma batalla de Ceriñola, y según detalla la *Crónica Manuscrita*, el astrólogo Agostino Bimfo le pronosticó la victoria con las siguientes palabras: *O toda la astrología se burla, o V. S. ha de ser vencedor* (Rodríguez Villa, 1908, 368). Y sin querer extendernos demasiado sobre la influencia de la astrología en los hombres de armas de la época (Burckhardt, 1992, 427 s.), se ha de reconocer que esta conducta no habría tenido fácil justificación atendiendo a las normas que por aquel entonces dictaba la Iglesia al respecto. Es especialmente ilustrativa en este sentido la *Reprovacion de las supersticiones y hechizerías* que en 1540 publicó el canónigo teólogo de la catedral de Salamanca Pedro Ciruelo; en ella puede leerse que *el que por las cuentas de los mouimientos y aspectos de los cielos y estrellas presume juzgar de las cosas que acaesceran (...) es falso y supersticioso adeuino: y lo que dize no lo saca por astrologia: no por otra sciencia buena: sino por inspiración del diablo* (1978, 57).

La interpretación interesada que según Diego de Salazar ha de efectuar el buen comandante corresponde a lo que Baltasar Gracián denominó *ingeniosas transposiciones*, definidas como el arte de *transformar el objeto y convertirlo en lo contrario de lo que parece*; de hecho, uno de los episodios con los que el erudito aragonés ilustraba estas transposiciones era el de las luminarias de Ceriñola, considerando que la frase de Gonzalo de Córdoba no era sino ejemplo de *la ingeniosa prontitud en glosar el infortunio, convirtiéndolo en dicha, y haciéndolo conveniencia* (1969, 179).

Pero, con todo, no va a ser este el único ejemplo de transposición que se atribuirá al Gran Capitán, quien, según la *Crónica General*, tuvo otra oportunidad de hacer gala de esa *ingeniosa prontitud en glosar el infortunio* en los prolegómenos de la batalla de Gaeta, cuando, tras sufrir una caída de caballo pronunció la siguiente frase: *“Ea, amigos, que*

pues la tierra nos abraza, bien nos quiere” (Rodríguez Villa, 1908, 220)⁸. Pero es especialmente importante que destaquemos el comentario que aparece inmediatamente después en el relato:

Ciertamente se puede creer que aquel gran dictador de Roma, Julio César, á este Gran Capitán no hizo ventaja así en fuerzas como en corazón, prudencia y consejo, porque de él se lee que yendo á conquistar á África, allegando en un puerto con su flota cerca de Alejandría, mandó a toda su gente salir á tierra, y en saltando él de la barca á tierra, dio una gran caída y dijo estas palabras: “Aquí tengo á África”, como dando á entender que no se le podía ir de su poder, tomando de aquella caída favorable pronóstico en los hechos que emprendía (Rodríguez Villa, 1908, 220)⁹.

La fuente de la que toman las crónicas la caída de César en Alejandría corresponde a la biografía del dictador romano que escribiera Suetonio (*Caes.* 59)¹⁰; de todos modos, el tropiezo del general, el estupor de los subordinados y la salida airada del trance aparecen ya en una obra anterior, las *Strategemata* de Sexto Julio Frontino, aunque en este caso los hechos son atribuidos a Cornelio Escipión con motivo de su desembarco en África¹¹; Frontino alude también a una caída de César y la consiguiente frase reparadora (“*Teneo te, terra mater*”), pero deja sin aclarar dónde y cuándo tuvieron lugar (*Strat.* 1. 12. 1-2).

Esta capacidad atribuida a los más célebres militares de la Antigüedad para transmutar el significado de un presagio desfavorable tendrá un largo recorrido literario. De hecho, el mismo incidente de la caída de caballo y la consiguiente transposición que las crónicas referían para el Gran Capitán aparecen también en la ya comentada *Floresta Española*, aunque en esta ocasión el protagonista es un militar que luchó en Italia a las órdenes del propio Fernández de Córdoba, Diego García de Paredes (1466-1530):

*Yendo a acometer en una batalla a los enemigos, cayó del caballo. Algunos mostraron no tenerlo por buena señal. Dijoles:
–No temáis, que, pues la tierra nos abraza, bien nos quiere* (Santa Cruz, 1997, 66).

Ecos de estas ilustres caídas podemos encontrar también en la literatura medieval: Eiximenis ya las relacionaba en capítulo 247 de su *Dotzé del Crestià* con el *poder de esquivar fetilleries e de girar en bé tots senyals qui vinguessin*, principio que también aplicara en su obra el valenciano Joanot Martorell¹²: en uno de los capítulos con los que comienza

⁸ El episodio es referido también por la *Crónica manuscrita*, que añade el dato de la dolorosa herida que sufrió el militar tras la caída, pese a lo cual, *nunca mostró sentimiento alguno* (Rodríguez Villa, 1908, 414), lo que, según nuestra opinión, no hace sino reforzar la transmutación del infortunio en algo positivo.

⁹ Esta misma caída de César dio pie a Gracián a comentar que *es más fundada la transmutación, cuando el término transformado tiene algo de equivocación con el otro en que se transforma, y está como a dos luces, dos vertientes* (1969, 180).

¹⁰ *Prolapsus etiam in egressu nauis uerso ad melius omine: ‘teneo te,’ inquit, ‘Africa* (“Es más, cuando al desembarcar dio un resbalón, volviendo el presagio a su favor, exclamó: ‘Te tengo, África’”; trad. de R. M^a Agudo Cubas).

¹¹ Tras la caída, Frontino pone en boca de Escipión la expresión *Africanam oppressi*, que Cervantes hizo traducir a Don Quijote como “*No te podrás huir África, porque te tengo asida y entre mis brazos*”; la caída y la frase del romano sirvieron al inmortal caballero manchego para sentenciar que “*el discreto y el cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiera hacer el cielo*” (*El Quijote*, 2^a parte, cap. 58).

¹² Hemos utilizado la edición del Tirant de A. Hauf, Valencia, 2008; sobre estas cuestiones vid. pág. 1106, n. 7; también Beltrán, 2005, 104 s.

la sección africana del *Tirant lo Blanch*, el protagonista tropieza y cae con los brazos extendidos delante de unos moros que, inmediatamente, consideran el hecho como *hun gran mal seña!*; levantándose inmediatamente, Tirant aplica el *omine verso ad melius* y responde:

–No haveu levat bon juhi (...). E les mies mans són restades ubertes e steses devers la luna, per què demostra que yo, ab ajuda de la divina Potència, tinch que conquistar tota la Barberia (2008, 1104).

Con todo lo expuesto hasta el momento, creemos que ha quedado demostrada la deuda contraída por los relatos que glosaron la figura del Gran Capitán con la literatura antigua en general, con el género biográfico en particular y, muy especialmente, con las semblanzas de los grandes militares de la Antigüedad, de los que se esperaba como una de sus cualidades más destacadas la de subvertir la negatividad inherente a determinados hechos o situaciones y, así, transformarlos en lo que podríamos llamar, sencillamente, un buen augurio. Es, pues, buen momento para pasar a considerar aquellos pasajes que pudieron inspirar la ya varias veces citada alusión del Gran Capitán a las luminarias de la victoria. El primero de ellos corresponde a la biografía del emperador Vitelio compuesta por Suetonio:

Por este motivo, apenas pasado un mes, sin tener en cuenta el día ni la hora y ya al atardecer, los soldados le sacaron (a Vitelio) de improviso de su habitación tal como estaba, en ropa de andar por casa, le saludaron emperador y lo pasearon por las calles más concurridas, mientras él sostenía en su mano la espada del divino Julio, que se había sacado del templo de Marte y que un individuo le había ofrecido cuando le brindaron las primeras felicitaciones. A su regreso al cuartel general, su comedor ardía por haberse incendiado la chimenea; a la vista de ello, todos se quedaron espantados y llenos de angustia por interpretarlo como un presagio funesto, pero él dijo: “¡Mantened el ánimo! Se ha encendido para nosotros”, y estas fueron las únicas palabras que dirigió a las tropas (Vit. 8; traducción de R. M^a Cubas)

El paralelismo con la situación vivida según las crónicas por Fernández de Córdoba en Ceriñola es evidente: en ambos casos un fuego incontrolado y accidental es tenido en un primer momento como un augurio funesto; y si bien es cierto que en el episodio italiano el fuego implicaba la desventaja militar de tener inutilizada la artillería, lo que más importa ahora es subrayar la similitud entre las respuestas de los personajes centrales en ambos relatos, una respuesta que tiene que ver con la ya comentada habilidad para la transposición y que, tanto en un caso como en otro, es aplicada para convertir los respectivos fuegos en buenos presagios.

Llegados a este punto debemos preguntarnos si fue el conocimiento por parte del Gran Capitán del pasaje de Suetonio, o de otros a los que haremos referencia posteriormente, lo que le permitió formular su ingeniosa frase; podríamos incluso llegar a plantearnos si la oportuna ocurrencia del militar español tuvo lugar realmente o si no es más que una frase apócrifa que se le atribuyó con posterioridad.

En nuestra opinión, buscar respuesta para estos interrogantes no resultaría un ejercicio demasiado provechoso. Porque si bien es cierto que la imagen del Gran Capitán que dibujan sus biografías no es precisamente la de un hombre culto, recalándose en algunos ca-

sos su desconocimiento del latín (Rodríguez Villa, 1908, 242 Y 427), queda también constatado su apoyo continuo a los más importantes intelectuales y círculos académicos napolitanos (Hernando, 2003, 247), mostrándose en todo momento, como afirma la *Crónica Manuscrita*, muy amigo de letrados y de los poetas y historiadores, porque con sus obras hacían inmortal la vida de los hombres tan corta y tan breve. Dábales y hacíales muchas mercedes, porque tenían cargo de escribir sus hechos; así como Carmelita, Mantuano y el obispo Cantalicio, y otros algunos que escribieron muchos versos en su loor (Rodríguez Villa, 1908, 427).

Por tanto, si bien debemos asumir que Fernández de Córdoba no era enseñado en letras latinas, de lo que no podemos dudar es que el pasaje de Suetonio referido a Vitelio fuera perfectamente conocido por aquellos hombres doctos a los que el militar español honraba con la esperanza de que con sus obras le diesen eterna memoria (*Crónica General*, Rodríguez Villa, 1908, 242); por ello, consideramos más pertinente, antes que cuestionarnos si las luminarias de Ceriñola fueron un hecho real o no, preguntarnos por qué en este caso omiten las crónicas y otros comentaristas la referencia al efímero emperador al que podría haber emulado el Gran Capitán, una omisión que resulta especialmente llamativa en un contexto en el que, como hemos tenido ocasión de comprobar, la comparación explícita con los grandes militares y emperadores del pasado es constante.

Para empezar a responder a esta pregunta tenemos que considerar que Vitelio no fue un personaje que gozara de buena fama en la literatura biográfica antigua (Morgan, 2005, 78). En varios pasajes del libro IV de su *Bellum iudaicum*, Flavio Josefo habla de su libertinaje, su carácter tiránico, su natural crueldad y su glotonería; Tácito (*Hist.* 2. 91. 1) decía de él que actuaba como si estuviera rodeado de borrachos (*uelut inter temulentos agebat*), al tiempo que lo consideraba ignorante de todo derecho divino y humano (*adeo omnis humani diuiniq[ue] iuris expers*). Sobre este último aspecto también incidió Suetonio en un pasaje que constituye el más completo retrato de los defectos de este personaje (*Vit.* 11. 2), si bien nuestro autor no hace sino recurrir en buena medida a imágenes estereotipadas (Burke, 1998, 83-85). De hecho, Vitelio es el emperador que sale peor parado en el conjunto de las doce vidas suetonianas; la consideración de su imagen está incluso por debajo de la del mismo Nerón, encontrándose en el extremo opuesto de su contemporáneo Otón, quien ocupa el primer lugar en esta especie de escala que se establece en las *Vitae* entre los buenos emperadores y aquellos de deplorable memoria (Cizek, 1977, esp. 197).

La aparente contradicción entre la interpretación por parte de Vitelio del *omen* del incendio y el resultado de su aventura imperial no puede considerarse como un obstáculo a la hora de convertirse en un modelo a imitar. No creemos que sea el lugar para extenderse sobre la capacidad para asumir contradicciones aparentes por parte de Suetonio (Cizek, 1977, 39), o en la idea que subyace en su obra según la cual cada persona era en última instancia la responsable de su trayectoria vital (ibídem, 166). Resulta más oportuno considerar otros ejemplos entresacados de la literatura antigua en los que a una luz enviada por la providencia seguía, tras un desconcierto inicial, la resolución conveniente de una situación comprometida.

El primero de estos episodios lo encontramos en *Anábasis* 3. 1. 11-12, uno de los pasajes más famosos de la prosa griega antigua (Flower, 2012, 126): en el contexto de la aflicción general del cuerpo expedicionario griego, vencido por el cansancio, el propio Jenofonte soñó “que descargaba una tormenta y que un rayo caía en la casa de su padre y que, por esta causa, resplandecía toda. Muy asustado, se despertó de inmediato y, por una

parte, juzgaba el sueño favorable, porque en medio de fatigas y peligros creyó ver una gran luz procedente de Zeus. Pero si consideraba que el sueño procedía de Zeus como Rey, el fuego que brillaba alrededor suyo temía que significara la imposibilidad de salir del territorio del Rey porque muchos obstáculos lo impedirían” (traducción de R. Bach Pellicer, 1982).

Este sueño, en el que se han visto reminiscencias homéricas (Dillery, 1995, 73 y 266, notas 43-46), se convierte en el estímulo que provoca la asunción por parte de Jenofonte del liderazgo de un grupo sumido en una situación desesperada, y no es sino el inicio de una cadena de acontecimientos que culminan con la adopción por parte del ejército griego de la decisión de seguir luchando (Dillery, 1995, 73). Pero lo que más nos interesa destacar ahora es el papel central que esa luz resplandeciente juega en el sueño; y decimos la luz y no el fuego propiamente dicho en tanto que frases como “y que, por esta causa, resplandecía toda” (*καὶ ἐκ τούτου λάμπεσθαι πάσα*) parecen enfatizar la presencia de ese resplandor luminoso en detrimento de la propia acción destructora de las llamas (Antrich-Usher, 1978, 100).

Es también muy reveladora la duda que con tintes dramáticos plantea Jenofonte sobre la interpretación de su sueño. En principio, el tenor literal del texto da a entender que la luz procedente de Zeus es en sí misma una señal positiva (Flower, 2012, 126): “... y, por una parte, juzgaba el sueño favorable, porque en medio de fatigas y peligros creyó ver una gran luz procedente de Zeus” (*καὶ τὸ ὄναρ τῆ μὲν ἔκρινεν ἀγαθόν, ὅτι ἐν πόναις ὦν καὶ κινδύνοις φῶς μέγα ἐκ Διὸς ἰδεῖν ἔδοξε*); la duda aparece tan sólo al remarcarse la función real de Zeus (*Διὸς βασιλῆως*) y la consiguiente asimilación del dios con el monarca persa. De todos modos, la angustia que plantea el autor de la *Anábasis* ante las dos posibles interpretaciones del sueño puede tomarse como un mero recurso para añadir dramatismo a la situación, recurso que buscaría además la complicidad del lector en tanto que este sabría con toda probabilidad que en la época en la que se produce la famosa marcha de los Diez Mil, Jenofonte no era sino un exiliado que no tenía forma de saber cuánto tardaría en volver a su patria (Flower, 2012, 127). Bajo esta perspectiva tiene perfecta lógica que nuestro autor sólo reconozca de manera retrospectiva (Dillery, 1995, 73) que acertó en su interpretación de la luz onírica como señal positiva; por eso el pasaje siguiente comienza con una frase que deja abierta la cuestión: “Cuál es el significado de un sueño tal, es posible conocerlo por lo que sucedió después del sueño” (3. 1. 13: *Ἄποιδόν τι μὲν δὴ ἔστι τὸ τοιοῦτον ὄναρ ἰδεῖν, ἔξεστι σκοπεῖν ἐκ τῶν συμβάντων μετὰ τὸ ὄναρ*).

El mismo Jenofonte nos proporciona otro relato en el que aparece una gran luz inesperada que se convierte en un presagio positivo para aquellos que la contemplan. En *Ciropeidia* 4. 2. 15 se cuenta que, al sobrevenir la noche tras un día de marcha durante una de las numerosas campañas militares llevadas a cabo por el fundador del imperio persa, “una luz procedente del cielo¹³ se les manifestó a Ciro y a su ejército, de suerte que se produjo en todos un sentimiento, por un lado, de temor ante el signo divino, pero, por otro, de confianza frente a los enemigos” (traducción de A. Vegas Sansalvador, 1987).

¹³ W. K. Pritchett (1979, 123, n. 106) relacionó esta luz con la caída de un meteorito, fenómeno que ya en Homero posee un claro carácter ominoso: *Como el astro que lanza el hijo del taimado Crono / portentoso para navegantes o para un vasto ejército de tropas, / luminoso astro del que muchas chispas salen despedidas* (Il. 4.75-77; traducción de E. Crespo, 1991).

Temor inicial y confianza antes esas manifestaciones luminosas volvemos a encontrar en un episodio del que fue testigo un ejército comandado por el célebre Epaminondas: en vísperas de su memorable victoria de Leuctra, y durante una marcha nocturna, un meteoro (*fax*) caído del cielo ilumina la noche y llena de pavor a los que lo contemplan; según Frontino (*Strat.* 1. 12. 7), a quien seguimos en este episodio, el militar tebano intentó resolver la situación pronunciando la siguiente frase: “*Lumen*”, *inquit*, “*hoc numina ostendunt*” (“‘Esta luz’, dijo, ‘nos es mostrada por los dioses’”). El esquema que estructura este pasaje de Frontino es, en nuestra opinión, el mismo que encontramos en las crónicas para describir la situación en la jornada de Ceriñola: en primer lugar contamos con el sentimiento de temor que se extiende entre los españoles tras la explosión de la pólvora y el pavor del ejército liderado por Epaminondas; en segundo lugar, tanto el general tebano como el capitán español pronuncian una frase para levantar el ánimo de sus tropas, frase que, en ambos casos, interpreta la luz como una señal positiva enviada por los dioses. En el caso del militar tebano este sentido aparece en el tenor literal de la frase; por lo que se refiere al Gran Capitán, merece la pena recordar las palabras que la *Crónica Manuscrita* pone en su boca inmediatamente después de aludir a las luminarias:

Porque habéis de saber que Dios, sabidor de todas las cosas, muestra muchas dellas antes que vengan, y con fuego muestra cuando han de ser prósperas. El fuego siempre significa victoria (Rodríguez Villa, 1908, 368).

De los pasajes vistos hasta el momento puede deducirse sin dificultad, tal y como ya hemos indicado en líneas anteriores, que la virtud de redirigir la inicial percepción negativa de una señal premonitoria hacia una interpretación favorable se consideraba en la antigüedad como una habilidad necesaria para todo buen comandante; en este sentido, nada más elocuente que el título que porta el capítulo de las *Strategemata* de Frontino en el que se insertan las citas sobre Epaminondas, Escipión y César que hemos considerado: *De dissolvendo metu, quem milites ex adversis conceperint ominibus* (“Sobre disipar el miedo que inspiran en los soldados los presagios adversos”). No nos debe extrañar, por lo tanto, que analizando los casos concretos en los que los grandes capitanes de época moderna llevan a cabo este ejercicio de transposición de augurios podamos reconocer en ellos situaciones similares recogidas en la literatura antigua. Esperamos que esto último se haya cumplido para el episodio de las luminarias de la victoria de Gonzalo Fernández de Córdoba y, así, haber demostrado que pudo tener varias fuentes de inspiración: Jenofonte y Frontino ofrecían ejemplos de cómo la luz enviada por la providencia podía interpretarse como un presagio de la adecuada resolución de situaciones a priori comprometidas; Suetonio daba a entender que un fuego accidental e inesperado debía ser interpretado como una buena señal, sobre todo para romper la consiguiente situación de desconcierto. En definitiva, y ya para concluir, creemos que estos pasajes a los que hemos aludido están, de un modo u otro, en el origen del ingenioso y oportuno comentario que las distintas obras ponen en boca del Gran Capitán con ocasión del incidente de la pólvora en la jornada de Ceriñola; pero ello no debe hacernos caer en el simplismo de considerar las célebres luminarias como un triste remedo de un modelo anterior. En realidad no hacen sino reafirmar al ilustre militar español como un hombre de su tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTRICH, J., USHER, S. (1978): *Xenophon, the Persian Expedition*, Bristol Classical Press, 200 p.
- ARAGÜÉS ALDAZ, J. (1993): “El modelo de los *Dicta et facta memorabilia* en la configuración de las colecciones de *exempla* renacentista”, en *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico* I.1 (J. M^a Mestre y J. Pascual, coords.), Cádiz, 267-282.
- BELTRÁN, R. (2005): “Agüeros y jaulas con grillos en la recepción de una anécdota clásica: el tropezamiento de Escipión o Julio César desde Tirant lo Blanc hasta Don Quijote”, *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris*, X, 103-116.
- BURCKHARDT, J. (1992): *La cultura del Renacimiento en Italia* (1^a ed. 1860), Madrid, Akal, 477 p.
- BURKE, J.W. (1998): “Emblematic Scenes in Suetonius’ Vitellius”, *Histos*, 2, 83-94.
- CAPPELLI, G.M. (2007): *El humanismo italiano. Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*, Madrid, Alianza, 294 p.
- CIRUELO, P. (1978): *Reprouacion de las supersticiones y hechizerias* (Salamanca, 1540), edición de A.V. Ebersole, Valencia, Albatros Hispanofilia, 147 p.
- CIZEK, E. (1977): *Structures et idéologie dans “Les vies des douze Césars” de Suétone*, Paris, Les Belles Lettres, 264 p.
- DILLERY, J. (1995): *Xenophon and the History of his Times*, Londres, Routledge, 337 p.
- EIXIMENIS, F. (1484): *Dotzen libre de regiment dels prínceps e de comunitats appellat Crestia*, edición de Lambert Palmart, Valencia (versión digital [<http://bib.cervantesvirtual.com>], consultada el 18-IV-2013).
- FLORES MUÑOZ, A. (2003): “Historiografía del Gran Capitán”, en *Córdoba, el Gran Capitán y su época*, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 327-369.
- FLOWER, M.A. (2012): *Xenophon’s Anabasis, or The Expedition of Cyrus*, Oxford, Oxford University Press, 242 p.
- GARRAMIOLA PRIETO, E. (2002): “El autor de la ‘Crónica manuscrita’ del Gran Capitán”, *Crónica de Córdoba y sus pueblos*, Córdoba, 8, 207-214.
- GÓMEZ DE FIGUEROA, A. (1951): *Alcázar Imperial de la Fama del Gran Capitán, la Coronación y las Cuatro Partidas del Mundo* (Valencia, 1516), edición de L. García-Ambrines, Madrid, 145 p.
- GRACIÁN, B. (1669): *Agudeza y arte de ingenio* (Huesca, 1648), edición de E. Correa Calderón, t. I, Madrid, Castalia, 279 p.
- GUILLÉN, C. (1988): *El primer siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 279 p.
- HERNANDO SÁNCHEZ, C. J. (2003): “Las letras del héroe. El Gran Capitán y la cultura del Renacimiento”, en *Córdoba, el Gran Capitán y su época*, Córdoba, Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes, 215-256.
- LOSADA, J.C. (2004): *Batallas decisivas de la historia de España*, Madrid, Aguilar, 353 p.
- MARTORELL, J. (2008): *Tirant lo Blanc* (Valencia, 1490), edición de A. Hauf, Valencia, Tirant lo Blanch, 1658 p.
- MATA CARRIAZO, J. DE (2002): *En la frontera de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 679 p.
- MORALES ORTIZ, A. (2000): *Plutarco en España. Traducciones de Moralia en el siglo XVI*, Murcia, Universidad de Murcia, 374 p.
- MORGAN, M.G. (2005), *69 A.D.: The Year of Four Emperors*, Oxford, Oxford University Press, 322 p.
- PALOS, J.L. (2010): *La mirada italiana. Un relato visual del imperio español en la corte de sus virreyes en Nápoles (1600-1700)*, València, Universitat de València, 398 p.
- POMER MONFERRER, L., SALES DASÍ, E. (2005): “Las fuentes clásicas y los libros de caballerías: el caso de Feliciano de Silva”, *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris*, X, 73-88.

- PONFERRADA GÓMEZ, J. (1989): *Una entrañable reivindicación montillana: la Crónica Manuscrita del Gran Capitán*, Córdoba, Montilla (Salas 2), 102 p.
- PRITCHETT, W.K. (1979): *The Greek State at War, 3, Religion*, Berkeley, University of California Press, 545 p.
- RALLO GRUSS, A. (2007): *Humanismo y Renacimiento en la literatura española*, Madrid, Síntesis, 286 p.
- ROCA BAREA, M.E. (2010): *Tratado militar de Frontino: humanismo y caballería en el cuatrocientos castellano*, Madrid, CSIC, 288 p.
- RODRÍGUEZ VILLA, A. (Ed.) (1908): *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, Síntesis, 283 p.
- SALAZAR, DIEGO DE (2000): *Tratado de re militari, hecho a manera de diálogo que passo entre los illustrissimos Señores Don Gonçalo Fernandez de Cordoua llamado Gran Capitán, Duque de Sessa, y etc. y Don Pedro Manrique de Lara, Duque de Najara...* (Alcalá de Henares, 1536), ed. de E. Botella Ordinas, Madrid, Ministerio de Defensa, 270 p.
- SÁNCHEZ GARCÍA, E. (2007): *Imprenta y cultura en la Nápoles virreinal: los signos de la presencia española*, Florencia, Alinea Editrice, 187 p.
- SANTA CRUZ, M. DE (1997): *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles* (Toledo, 1574), ed. de M. P. Cuartero y M. Chevalier, Barcelona, Crítica, 210 p.
- TICKNOR, M. (1854): *Historia de la literatura española*, III, Madrid, Imprenta y Estenotipia de M. Rivadeneyra, 567 p.
- TORRELLAS, P.B. (1555): *Libro de la vida y Chronica de Gonçalo Hernandes de Cordoba, llamado por sobrenombre el Gran Capitan*, Amberes (versión digital [<http://books.google.es/books>], consultada el 2-4-13).
- ZIMMERMANN, T.C.P. (1995): *Paolo Giovio: the Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*, Princeton University Press, XII + 391 p.

Fuentes antiguas

- FLAVIO JOSEFO, *La guerra de los judíos*, ed. de J. M^a Nieto Ibáñez, Madrid, Gredos, 1999, 428 p.
- FRONTINO, *The Stratagems and the aqueducts of Rome*, tr. Ch. E. Bennet, ed. M. B. McElwain, Londres, William Heineman, 1980, 483 p.
- JENOFONTE, *Anábasis*, ed. de R. Bach Pellicer, Madrid, Gredos, 1982, 305 p.
- JENOFONTE, *Ciropedia*, ed. de A. Vegas Sansalvador, Madrid, Gredos, 1987, 510 p.
- HOMERO, *Ilíada*, ed. de E. Crespo Güemes, Madrid, Gredos, 1991, 651 p.
- LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*, ed. de J. A. Villar Vilar, Madrid, Gredos, 1990, 410 p.
- SUETONIO, *Vida de los Doce Césares*, ed. de R. M^a Agudo Cubas, Madrid, Gredos, 1992, 336 p.
- TÁCITO, *Historias*, ed. de A. Ramírez de Verger, Madrid, Gredos, 2012, 336 p.

